

EL DEFENSOR DE GRANADA

AÑO
XXXVIII

TARIFA DE SUS

En el Ayuntamiento

Comisión de Beneficencia.

PEDID EN TODAS PARTES

LICOR DE BREA MUNERA

CONTRA CATARROS, TOSES, EXPECTORACIONES, ASMA, BRONQUITIS Y DEMAS AFECIONES DEL TUBO RESPIRATORIO

40 AÑOS DE EXITO CRECIENTE

LABORATORIO MUNERA

PRIMERA CASA ESPAÑOLA DEDICADA A LA ELABORACION DE PRODUCTOS FARMACEUTICOS

BARCELONA

FRASCO 125 PTAS

TRASLADOS DE LOTERIA

Talones para traslados de Loteria, artísticamente litografiados, se venden en las oficinas de este diario, Reyes Católicos, 8, principal, a los siguientes precios:

Quince traslados, 10 céntimos

Cincuenta ídem, 30

Ciento ídem, 50

Enfermos del Estomago e Intestinos

TOMADLA

ESTOMACALINA

ALFAGEME

ES UN EXCELENTE REMEDIO PARA LA DISPEPSIA, JARDORES, ACEDIAS, HIPERCLORHIDRIA, NAUSEAS, VOMITOS, DIGESTIONES DIFICILES, ETC.

CURA RADICALMENTE LOS CATARROS GASTROINTESTINALES, DIARRREAS, COLICOS.

PRECIO: CUATRO PESECHAS FRASCO

DE VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

SU AUTOR

Romanones, 13. MADRID

ESTE PREPARADO ES EL UNICO ENSAYADO EN LA MAYORIA DE LOS HOSPITALES DE ESPAÑA

CAFES DE LA COMPAÑIA COLONIAL

SON SIEMPRE LOS PREFERIDOS

Cafés Puerto Rico: Cajita Precintada de 100 gramos, a pesetas 0,60 la Cajita.

"EL DEFENSOR DE GRANADA"

REYES CATOLICOS 8, PRA.

En la Imprenta de este periódico se hacen con el mayor esmero, toda clase de trabajos a precios reducidos.

rio y guías ligeramente ahumadas que protegen unos ojos irritados y llorosos al parecer.

Minna esperaba a su ama bajo tal disfraz; no así el doctor, que no pudo menos de sentir cierta ansiedad al enterarse de su transformación. Desde que conocía la historia de la Princesa, Magdalena veía con más claridad que antes la necesidad de no dar a la publicidad una materia tan complicada y no mezclar en ella a la policía; pero Vaughan pudo obtener dos concesiones. La primera consistía en tener un hombre en las inmediaciones de la casa sin otro objeto que el de asistir a Magdalena cuando ésta se viese obligada a solicitar su auxilio.

También convino Magdalena en que no había inconveniente en avisar al jefe superior de policía, no de un modo oficial, sino como amigo de Dréxel, que le había hablado de él en términos laudatorios, rogándole al propio tiempo les diese el nombre y las señas de algunas personas a las cuales había aludido Dréxel más de una vez, como auxiliares suyos.

Todo anduvo viento en popa. Cuando Vaughan se dio a conocer al capitán B., como amigo de Hurst y declaró obrar con su debida autorización.

Conozco a una de las personas que ustedes necesitan—dijo el capitán B.—y me parece que cabalmente está en casa. Momentos después

el doctor y Norton el Desmedrado se daban la mano.

De la entrevista resultó que Norton en persona vio a Magdalena, simpático con ella y se puso a sus órdenes en los alrededores de la nueva casa de los La Croix.

Pero antes de inaugurar sus nuevas funciones, Vaughan le llevó a la otra casa para ver de identificar al chiquillo que se estacionaba en aquella calle.

—Es Dickie Toole—dijo Norton, al verle, y si hace centinela por aquí, será por encargo de Hurst. Es uno de sus educandos.

Antes de salir de aquel barrio, Vaughan y Toole firmaron las paces. Todas estas cosas ocurrieron el día en que Magdalena abandonó el Hotel Oriental después de aquella noche interminable en las habitaciones de la Princesa Sacha. Al otro día, después de una noche de descanso, Magdalena, con su humilde disfraz, estaba dispuesta a todo. Salio muy temprano para hacer una compra cualquiera y se aseguró de la presencia de Norton.

Ahora, para entender mejor lo que va a seguir, trasladémonos a unas seis manzanas al Oeste del lugar en que Norton estaba de plantón. Entretenidos en un salón cuyas ventanas dan a dos calles y no tardaremos en ver entrar también, poco más o menos mientras Magdalena y Minna toman su desayuno, a un hombre pequeño y aseado que echa una rápida

mirada en torno suyo, y va a sentarse junto a una mesa frente a la puerta. No hace el menor gesto cuando ve llegar a otra persona que, después de dar dos o tres vueltas por la habitación, se sienta cerca de él.

—Passauf, ¿qué significa tu mensajero?—pregunta el recién llegado con malhumor.—Vaya unas horas de molestia a la gente.

—He visto a Disset, por segunda vez y le volveré a ver antes de dos horas. Yo no sé por qué razón desea oírle a usted antes de la reunión magna. Quiere verle a usted solo, entendiéndose que después le presentará usted Lugos.

—¿En dónde?

—En casa de usted, dijo.

—¿En el hotel?

—A usted le toca resolver, él dijo sencillamente en casa de usted.

—Entonces, que vaya a la otra casa.

—Perfectamente. Estará allí a las ocho. Me encargó que se avisase a Lugos para las diez, no antes.

—V tú, qué pito tocas en todo esto?

—Yo no hago más que acompañar a Disset a casa de usted. Una cosa se me ocurre: conviene tener antes el libro del viejo. ¿Lo tiene usted?

—Cállate; el diablo anda en este negocio. ¿No estás enterado de la equivocación? Ese libro no vino con lo demás.

—Entonces se quedaría en la otra casa. Es preciso ir a buscarlo.

—Supongo que no se te antoja enseñárselo a Disset.

—No; nadie debe verlo. ¿Sabe Lugos este olvido?

—No, por ahora.

—Hemos de poner este libro a buen recaudo, antes de que él lo haga. Se puede hacer a la chita callando; yo me encargo de ello. Aun no hay peligro.

La última habitación de los La Croix consistía solamente en un tercer piso; fácil le fué a Passauf enterarse por el portero de la casa, quien estaba arriba en aquel momento.

Sabiendo que no había allí más que Minna y otra chica que la hacía compañía, Passauf subió, y diciendo que iba a buscar algunas cosas para el señor La Croix y que ya sabía donde hallarlas, pasó por delante de la chica que estaba en la entrada misma sin siquiera mirarla y se entró de rondón en el dormitorio de La Croix, cerrando la puerta a las narices de Minna que intentaba seguirle.

Casi simultáneamente, la chica de la entrada, con increíble rapidez, se quitó el vestido de color azul oscuro que llevaba encima de una blusa semejante a las usadas por las enfermeras de los hospitales, y cogiendo de un rincón oscuro un sombrero, un chal y un saquito de mano, salió silenciosamente, sin decir una palabra a Minna que estaba de guardia junto a la puerta que Passauf cerró.

Transcurrieron unos veinte minutos antes de que éste saliese, y lo hizo con las manos vacías. Al bajar a la calle y alejarse con paso rápido, no observó a un mozalbete harapiento que andaba con un paquete bajo el brazo, ni a la enfermera que estaba entretenida delante de una tienda.

Anduvo unas dos manzanas y se acercó a un hombre parado en la acera como quien espera un tranvía.

Cuando el muchacho del paquete pasó cerca de Magdalena, ésta le dijo sin volver la cabeza:

—Siga usted al más bajo de los dos.

Pero los dos hombres no se separaron en seguida, sino que se echaron a andar juntos discutiendo acaloradamente. Por fin se detuvieron un momento y cada cual se fué por un lado. Magdalena siguió a Crashaw lo más cerca que pudo, diciéndose que sin duda la llevaría al lugar donde estaba recluida Moína La Croix.

El paso de Crashaw duró más de una hora. Por fin llegó a la embocadura de una calle muy corta, que parecía no tener salida, compuesta a uno y otro lado de casuchas de aspecto miserable. Interrumpió un momento su marcha y miró en torno suyo; afortunadamente no podía ver a Magdalena que se había parapetado detrás de dos señoras muy gordas.

Crashaw se metió por aquella calle y Magdalena no dejó de seguirle. Antes de llegar a la extremidad opuesta, volvió a pararse y a mirar a

su alrededor. Esta vez Magdalena andaba sola por en medio de la acera; sin perder su serenidad, siguió andando adelante poniendo en evidencia su saquito de mano.

Crashaw no esperó a que pasase, sino que dando media vuelta se entró por un pasaje.

Magdalena hizo lo mismo; su corazón latía con violencia. Escondida entre edificios, construídos recientemente, había una casita muy vieja, a la que faltaba un ala, derribada, para dejar lugar a las nuevas construcciones.

Crashaw desapareció tras de una valla que la separaba del pasaje y Magdalena llegó allí precisamente a tiempo para ver que la puerta de la casa se abría y cerraba rápidamente.

LXXVII

MAGDALENA EN LA PLAZA

Magdalena se quedó un momento sin saber qué hacer y miró en todas direcciones como si deseara la llegada de alguien que la sacara del apuro.

Al otro lado del pasaje había una casita con este letrero: *Casa para alquilar*. La puerta estaba abierta y veíase en el interior sacos, cuerdas, ladrillos y tabloncillos. Dos hombres encaramados en sendas escaleras esta-

ban pintando el techo de la pieza de fondo.

Magdalena dio algunos pasos y entró en la casa.

—Se han de hacer muchas reparaciones en esta casa?—preguntó a uno de los pintores, después de saludarle.

—No, señora; la semana próxima quedará lista. ¿Deseará usted visitarla?

El pintor parecía un buen hombre; Magdalena se tranquilizó al oírle hablar muy cortésmente y le preguntó si era el encargado de aquella casa, a lo cual respondió que sí.

Desde la ventana de la cocina se veía parte de la fachada de la casa de enfrente, pero la valla que bordeaba la acera impedía ver la planta baja.

El pintor era hombre hablador y comunicativo, y entre otras cosas participó a Magdalena que la casa del lado era exactamente igual a la que estaban visitando y que había sido alquilada la semana anterior por un desconocido, que no había vuelto a comparecer.

La semana anterior Extranjeros se agolpaban en la manzana de Magdalena. La casa del lado estaba frente por frente de la casa de la valla y era el único punto de vista desde donde se podía dominar aquella por completo. El extremo del pasaje, sin salida, desahogado y rodeado por los alisimos paredones sin ventanas de otras casas que daban a las calles adyacentes era un lugar muy a propósito para